

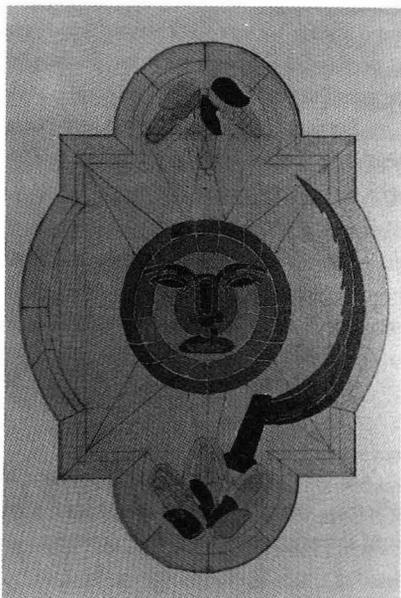
# ¿Lengua perfecta o lengua universal?

ROBERTO GARCÍA JURADO

La evolución de las razas y pueblos de la humanidad ha producido el desarrollo de lenguas muy distintas entre sí: algunas veces emparentadas por orígenes e influencias comunes, pero otras totalmente alejadas en cuanto a léxicos, gramáticas o, incluso, alfabetos. La misma Europa que ha exportado tantas lenguas a ultramar no escapa a este fenómeno, pues como dice Umberto Eco en este amplio y erudito estudio, en un principio Europa era un amplio mosaico de lenguas y sólo poco a poco se fue convirtiendo en un mosaico de naciones.

La diferenciación de las lenguas se ha dado por múltiples motivos, entre los que hay que considerar factores como la raza, la religión, la historia y hasta el mismo ambiente físico y geográfico donde ha crecido cada pueblo. No obstante, a pesar de todas esas influencias, el mundo moderno ha presenciado cómo las fronteras políticas se han convertido en las principales determinantes a considerar para observar la difusión, evolución y transformación de las lenguas. Aunque en muchos casos los Estados han sido incapaces de unificar lingüísticamente a sus poblaciones, en la mayor parte han alcanzado, si no una completa homogeneización, un grado de integración bastante alto para permitir una comunicación fluida entre sus ciudadanos.

En más de un sentido la soberanía política de los pueblos ha estado ligada íntimamente con su soberanía lingüística, lo que hace prácticamente impensable arribar en un futuro a una situación en la cual todos los pueblos de la humanidad puedan usar una sola lengua, una lengua universal, que remueva muchas de las barreras que existen entre ellos y permita la realización de los sueños eternos irrenistas y de plena concordia humana. Como es bien sabido, las lenguas que alguna vez han aspirado a este universalismo (el latín, el francés, el inglés), lo han intentado más que nada mediante la hegemonía política, económica o cultural,



Anteproyecto de mural, 1930

sin que importara mucho el consenso o inclinación voluntaria de los distintos pueblos.

No obstante, durante toda la historia de la humanidad ha estado presente la inquietud por una lengua universal, una lengua perfecta o una lengua sagrada. El mismo Génesis del mundo judeo-cristiano asume la existencia de muchas lenguas como una maldición divina, un castigo para los hombres cuya soberbia los llevaba a edificar una torre tan inmensa como la divinidad misma. De ese modo, se supone que antes de la Torre de Babel y desde que Dios otorgó a Adán el don de la palabra, había una sola lengua, la cual había sido originada por este nomoteta y era inteligible y articulable por todos los hombres, misma que, más de acuerdo a la tradición patristica que a los glotólogos, era identificada con el hebreo.

De ahí se desprende la materia de estudio del libro de Umberto Eco: el análisis de los intentos que se han registrado en el continente europeo para diseñar una lengua perfecta, una lengua donde se estre-

chen los vínculos entre los signos y las cosas mismas.

Eco da cuenta de cómo desde la civilización latina hasta la época del Renacimiento, el hebreo estuvo en el centro de la atención cuando se trataba de identificar la *lengua original* de la humanidad, que por necesidad y mandato divino era una lengua universal, perfecta y sagrada. Pero desde el siglo XVII no sólo se abandonó la hipótesis monogenética de la lengua, sino que poco a poco el hebreo fue siendo colocado en una posición histórica similar a la del griego, el latín o el sánscrito, cuyo posible desgajamiento de una lengua madre se halla perdido en un pasado impenetrable.

También desde esa época, como señala Eco, comenzó la búsqueda de una *lengua perfecta*, la lengua de la filosofía y la razón. Esta lengua debía operar de acuerdo a los procedimientos lógicos del pensamiento y del lenguaje, evitando las ambigüedades, imperfecciones o limitaciones de las *lenguas naturales*, las que hablan comúnmente los hombres.

Una de las razones de este nuevo interés es evidentemente el auge de la filosofía de las luces, la irrupción del racionalismo en todos los ámbitos de la vida social. Aunque Eco señala la existencia de otros intentos previos para diseñar una lengua perfecta, me parece que no hace el suficiente énfasis en la diferencia subyacente, pues en tanto esas otras tentativas tenían propósitos de difusión religiosa, de adoctrinamiento cristiano, desde la época de la Ilustración el propósito es claramente el diseño de una lengua filosófica a priori, lo cual es notablemente distinto.

El gran trabajo de erudición de Umberto Eco es mostrar cómo desde esa época hasta nuestros días proliferaron una gran cantidad de sistemas lingüísticos, cuyos autores ponderaban algunas veces la rigurosidad del procedimiento lógico en el que se habían basado, partiendo en algunos casos de una taxonomía exhaustiva del mundo material, la cual mediante la clasificación en géneros, especies y diferencias de todas las cosas y la asignación de morfemas específicos a cada uno de éstos, permitía la combinación y la formación infinita de palabras a partir de la unión de estas partículas. En otros casos se ponderaba la eufonía de la lengua propuesta, su grado de *caracterización* de la realidad mediante el uso de onomatopeyas o signos iconográficos, o bien se resaltaba su facilidad de pronunciación para los órganos fonadores humanos.

La complejidad de muchos de estos sistemas presentaba a veces más problemas de los que resolvía, pero muchos de estos modernos nomotetas percibieron de una u otra forma lo que Eco acepta hacia el final de su libro: si bien no es posible ni sencillo pensar en una lengua perfecta con aspiraciones a la universalidad, sería conveniente entonces pensar en una Lengua Internacional Auxiliar, mediante la cual se evitaran las hegemonías lingüísticas producidas por factores políticos y económicos, y se permitiera así la comunicación de unos pueblos con otros mediante una lengua convenida.

No obstante, me temo que esa aspiración, si bien más modesta, también resulta utópica, pues dada la diversidad de idiomas es muy difícil pensar en una sola Lengua Internacional Auxiliar, pues aun tentativas como el *esperanto* son muy limitadas por su íntima relación con determinadas lenguas, como el latín y las lenguas germánicas y eslavas, en el caso de éste. Además, es pertinente recordar que la difusión y hegemonía lingüística está más en función de la política y la economía que de la gramática y la fonética.

La construcción de una lengua perfecta, ya sea tan transparente como un lenguaje icónico o tan secreta como una esteganografía (escritura basada en claves numéricas), puede convertirse en una ocupación fascinante y abrumadora, como lo fue para muchos de los nomotetas que reseña Eco. No obstante, el lenguaje es algo vivo que se reproduce entre la gente, que se plaga de neologismos y se dialectiza sin ningún control; de hecho, es muy posible que, sin pararse a considerar sus posibilidades, la voluntad de controlar el lenguaje por medio del que se expresa la gente y ceñirlo a normas y reglas muy específicas, sea una aspiración más próxima al totalitarismo que a una verdadera tentativa irenista. ♦

Umberto Eco: *La búsqueda de la lengua perfecta*, Crítica, Barcelona, 1994. 318 pp.

## Cuidado con el perro

GUILLERMO SHERIDAN

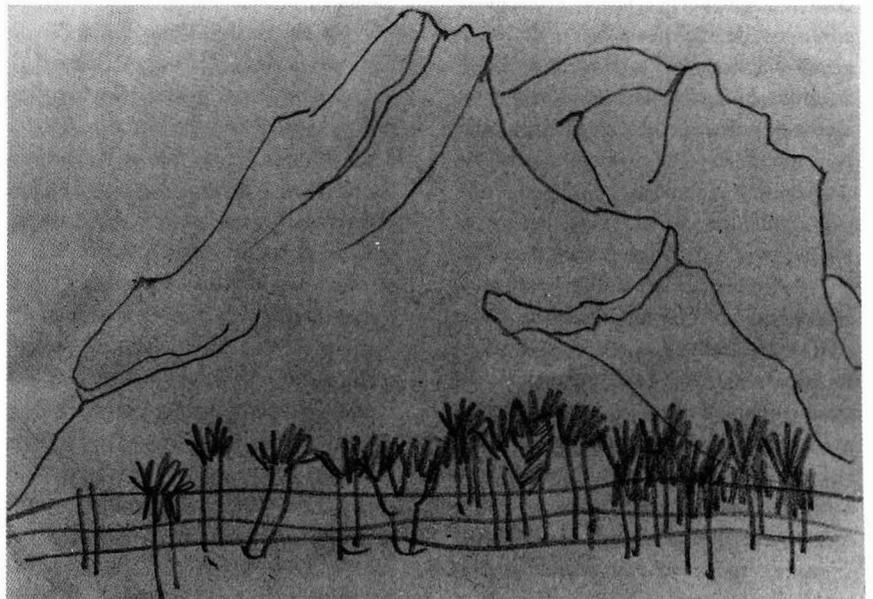
El azar hizo gemelos a los libros *La gruta tiene dos entradas*, de Adolfo Castañón, y *Cartas de Copileco*, de mi autoría. Son gemelos heterocigotos, de los que no se parecen en nada. Incluso la promiscuidad de la imprenta logró que una página de mi libro se las ingeniara para colarse al de Castañón. Debo decir que esa, la mejor página de mi libro, es la peor del suyo. En fin, que a pesar de que nacieron juntos en la Editorial Vuelta, tienen tan poco en común como esas hermanas que en las novelas de Henry James se miran sin entenderse durante trescientas páginas. Cuando aceptamos que se presentaran al alimón, anuncié que lo que diría iba a ser que el de Adolfo es el libro que me hubiera gustado escribir a mí. A su vez, Adolfo dijo lo propio, pero por afición a la simetría. La verdad es que yo tolero mis libros mientras que Adolfo necesita los suyos, aunque menos que nosotros.

El hecho de que sean casi veinticinco los años en que Castañón y yo somos amigos explica la siguiente evocación, más pro-

pia de los veteranos que nos negamos a ser. Para probarlo, seré breve. Sostenemos una amistad que abreva de la curiosidad de lo que es el otro y que, en mi caso, está rayada de envidia desde que lo conocí gracias a Huberto Batis, con quien ambos estudiábamos teoría literaria de tiempo completo. Batis me sugirió que colaborara en una revista que acababa de fundar Adolfo. Esa honrosa revista juvenil se llamó *Cave canem*: cuidado con el perro, como avisaba el célebre mosaico de la cenicienta Pompeya.

La revista tuvo variados méritos. No el menor fue que supiera morir a tiempo, como ordenan los cánones a las revistas juveniles, esos estornudos impertinentes en el salón de los prestigios. *Cave canem* apareció en dos ocasiones, con varios meses de diferencia y yo colaboré en uno de ellos.

Desde entonces acarreamos nuestras improntas. Castañón escribía, excavaba, en *Cave canem*, ensayos obtusos sobre autores como Maurice Blanchot. Yo aporté un es-



Apunte del Istmo, 1929, lápiz/papel